

demonios recorrerán entonces el mundo todo, y por las grandes ruinas que han de causar, ejecutarán las órdenes de la Justicia Infinita. Todo lo atacarán y dañarán á los hombres, á las familias, á las propiedades, á las sustancias, á las ciudades, á los pueblos, á las casas, y nada perdonarán de cuanto hay en la tierra, permitiendo Dios que esos sicofantas sean castigados por la crueldad de los demonios, *dándoles una muerte trágica y bárbara*, porque voluntariamente se sometieron al poder infernal uniéndosele contra la Iglesia.”

“A fin de que mi pobre espíritu se penetrase bien de este sentimiento de la justicia divina, se me mostró la horrible prisión. Vi entonces abrirse una sombría y espantosa caverna llena de fuego y de la cual salían multitud de demonios que, habiendo tomado la forma de *hombres y de bestias* venían á infestar al mundo no dejando por todas partes sino ruina y matanza. ¡Felices los buenos y verdaderos católicos! Ellos tendrán en su favor la poderosa protección de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo que velarán sobre sus personas, para que no se les siga ningún daño ni aun en sus bienes. Los malos espíritus devastarán los lugares en que Dios hubiere sido ultrajado, blasfemado y tratado sacrilegamente. Esos lugares serán arruinados, aniquilados y no quedará de ellos ni vestigio.” . . .

“Vi después bajar del cielo al Apóstol San Pablo, quien por orden de Dios recorrió el universo *encadenó á los demonios* y presentándolos á San Pedro, este príncipe de los Apóstoles, les ordenó que *volviesen á las cavernas* tenebrosas de donde habíau salido.”

“Apareció entonces sobre la tierra una hermosa claridad que anunciaba la reconciliación de Dios con los hombres. . . . La Iglesia fué reconstruida, restablecidas las órdenes religiosas y las casas de los cristianos se asemejaban á los monasterios.”

“Todo se sometió al Sumo Pontífice Vicario de Cristo, reconociendo su autoridad.”

CAPITULO 7º

En fin, vió y declaró la gran tragedia de la insurrección, la persecución de los españoles, su expatriación y demás. Omitió (1) la prision del Papa y los sucesos de España, Francia y Roma por no alargar la historia. Pero todo lo vió Matiana y que la revolución de América sería cuando el Señor Arzobispo se llamara Francisco Javier y lo mismo el Virey. (2)

(1) Notoria errata de imprenta, pues debe decir Omito en vez de OMITIÓ pues que la Madre Guerra es la que nos da la historia de las profecías; y además, dice que todo lo vió Matiana: luego quien lo omite es la Madre Guerra. A.

(2) El Virey Francisco Javier Venegas, y el Sr. Arzobispo Francisco Javier Lizana. E.

LA INSURRECCIÓN TOMÓ EL CARACTER DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA,

Y LA EXPULSIÓN FUÉ TAMBIEN UN ATAQUE ANTI-CATÓLICO.

La gran tragedia de la insurrección, como la llamó Matiana, con feliz oportunidad, y la expulsión de los españoles, sucesos eran del todo inverosímiles á fines del siglo XVIII, época de la vidente, (1) y por lo mismo, al señalar esos dos hechos fija su enlace con los desgraciados acontecimientos preparatorios de la tormenta anti-religiosa que anuncia.

Hablemos primero de la insurrección, y después nos ocuparemos en el hecho odioso de la expulsión de españoles.

Si no tanto como en España, en sus colonias también se recibían ya entonces los vientos contagiosos de ochenta y nueve; y en México además los aires deletéreos de Norte América, mortíferos para nosotros; y ya, en fin, la masonería pugnaba astutamente por entronizar á su mimado hijo el liberalismo en nuestro suelo.

Hay en todas partes gentes perversas; pero las nuestras no solo se han atendido á las ventajas que por sí misma proporciona la maldad procaz, sin pararse en los medios; sino que han contado siempre con el poderoso auxilio de la política absorbente de nuestros vecinos, habiendo sido la lucha de los buenos, no solo contra una minoría opresiva, sino, principalmente, contra los pérfidos amaños de una nación protestante y resuelta á la ruina de un pueblo católico, para medrar á su costa, enriqueciéndose con sus despojos.

Se paladeaban los primeros frutos del liberalismo en la guerra de insurrección, compitiendo en crueldad los insurgentes y los realistas, porque muchos de los partidarios de uno y otro bando, estaban iniciados en los sangrientos planes y en los tenebrosos misterios de la masonería, no siendo otros sino desmoralizar á los pueblos, medio muy á propósito de descatolizarlos.

Durante este funesto período, se registran sin embargo hechos dignos de la epopeya, porque también había, en ambos campamentos, adalides nutridos con las sublimes máximas del Evangelio,

(1) Le sobrevivió el Sr. Haro quien murió al concluir el siglo XVIII. A.

luchando por principios generosos; pero innumerables y horrorosos crímenes nos revelan, cuánta ferocidad se va engendrando, á proporción de irse alejando los hombres de la caridad en Cristo.

Si se comparan en cualquiera nación sus felices épocas de fervor católico, con las muy desgraciadas de frialdad ó indiferentismo, tendremos mucho adelantado para desear el reinado de Jesucristo en las sociedades, en vez de esa insensata propensión moderna á destronarle en los pueblos católicos, dejando al arbitrio individual que se le adore ó que se le escarnezca. (1)

En cuanto á la expulsión de los españoles, también fué esta obra del liberalismo, cetro con el cual han imperado siempre los del mandil, trabajando con asiduidad para favorecer á la república vecina. Zavala refiere haberle dirigido balaustres la masonería, por sus trabajos en contra de la expulsión, y nosotros, aceptamos confesión tan solemne y explícita, acerca del participio de las lógias en el asunto; sin librar al intrigante de la nota de haber sido ocultamente uno de los fautores principales de aquel suceso, del cual solo debía sacar provecho, como lo sacó, la nación vecina, por cuya cuenta es fama haber trabajado, en todo tiempo, aquel impío demagogo, aquel mason, sin duda el más prominente en su tiempo. (2)

La expulsión fué, pues, una medida verdaderamente brutal, deplorada por los mexicanos, oprimidos á causa de la reciente proclamada libertad, ó llámesele más bien, *la suelta de las pasiones* erigidas en poder y encarnadas en unos cuantos tiranuelos; pero organizados, armados y sostenidos por las lógias, ramificadas en el mundo entero, y sobre todo, aliadas íntimamente con Norte América.

Los expulsados españoles fueron las primicias de la persecución de la secta liberal contra los católicos; las víctimas inmoladas para destruir la unidad religiosa de los pueblos hispano-americanos; y su destierro fué la señal del primer ataque para destronar á Jesucristo, divorciando al Estado de la Iglesia.

El ilustre escritor D. Luis G. Cuevas, en su *Porvenir de México*, hace notar que, los españoles residentes entre nosotros, eran

(1) Ninguna nación ha llegado á la altura de España en la piedad religiosa, fuerza con la cual expulsó á los moros del territorio Ibérico y el sol alumbraba siempre su glorioso pabellón; pero hoy todos los pueblos que se llaman católicos, lo son de nombre, mereciendo los azotes de la Misericordia Infinita, para atraerlos al buen camino que han abandonado, siendo su látigo los hombres y los pueblos no católicos, cuya prosperidad aparente será funesta para todos. E.

(2) Además del plan de descatalogar, dividir y empobrecer á México, Norte América se aprovechaba de todo lo que perdía nuestra patria, calculando que no pudiendo volverse á España los que habían reconocido y jurado la independencia, se tendrían que avercendar en los Estados Unidos, cálculo infame, pero que tuvo temporalmente el éxito buscado, habiendo crecido y enriquecido prodigiosamente Nueva York; pero podemos decirles á nuestros vecinos "Deus enim patiens est sed sine pena te non dimittet." E.

mejores aun que los de la misma Península, observación tanto más significativa, cuanto que la madre patria, tuvo la gloria de haber conservado, la última en Europa, vivo y puro el sentimiento católico, entusiasta y fervoroso.

Dios, en sus misericordias, enviaba á las Indias, sumidas en la idolatría, aun entre los legos, apóstoles y dechados; los reyes celaban la introducción de gentes y de doctrinas perniciosas; (1) y una vez en nuestro suelo, aislado de todo contagio, permanecían los colonos en las costumbres y principios que traían; mientras que en el viejo mundo se despertaba el gusto por las nuevas y alucinadoras doctrinas, buscando los eclécticos razones especiosas para vindicarlas de los frutos amargos recogidos en Francia.

No omitiremos la principal causa de dicho fenómeno, suministrada por la muy autorizada voz del segundo Metropolitano de la Santa Iglesia mexicana, Ilustrísimo Sr. Montúfar, quien, desde la cátedra sagrada, aseguró solemnemente que desde que se tributó culto á Nuestra Santísima Madre María de Guadalupe, se había operado la reforma más completa en las costumbres, y se había encendido un nuevo y admirable fervor religioso en México.

Nada puede disculpar en moral el bárbaro atentado de la expulsión; y bajo el aspecto de la conveniencia, nada puede haber sido tampoco más desafortunado, habiendo perdido la naciente república, población ilustrada, comercio establecido y la única industria con que contaba; amen de riquezas en circulación y en numerario.

Doncellas, viudas, huérfanos, al partir su caritativo protector; supieron por primera vez que, recibían hacia mucho tiempo la subsistencia de parte de un virtuoso expulsado; y derramando lágrimas veían alejarse al protector generoso de quien solo bienes tenía que esperarse; y semejantes casos no fueron raros en verdad. Algún expulso arrancaba gemidos á los corazones generosos, pintada ya la muerte en su semblante, vaticinándose á la simple vista, no poder resistir las fatigas de un viaje difícil y con escasez de recursos, no teniéndose de él temor de ningún género; y raro era el mexicano que no llorase la tiranía ejercida contra un deudo ó contra un amigo. Había de llegar la vez de que primero en

(1) En la religiosidad y aun en la conveniencia temporal de España, estaba observar semejante política; y por razón contraria la opuesta en los Estados Unidos. Dios no lo permita! pero, si nos absorvieran, la época es de persecución general al catolicismo; el pueblo norte-americano es protestante y anti-católico, y sus tendencias han de ser, por diversos medios, llevarse á su territorio todo lo bueno nuestro, sin pararse en leyes, como la de expulsión, y arrojarnos su más asquerosa inmundicia, contando con que no han de poder sostener mucho tiempo su dominación; pero si esta se prolongara, á nosotros al hacerse la nueva independencia, nos tocaría la misma suerte que á los indígenas al independernos de España y aun peor. Mediten la responsabilidad que contraen los que tanto se empeñan en hacernos esclavos para favorecerlos. E.

España y después en México, se repetirían ataques todavía de mayor barbarie y de más directa impiedad, contra personas á Dios consagradas.

Los mismos autores y los partidarios de la tiránica ley de expulsión, ley sin excepciones, fueron siempre los promovedores más decididos y acérrimos de inmigraciones en grande escala, y de establecimientos de colonias aun á costa de los mayores sacrificios, abogando por la ley de tolerancia de cultos para favorecer, según decían, el arribo número de inmigrantes de todo el mundo; como si no nos hubiera sido más conveniente el de solo los católicos, siendo para estos un atractivo, sin duda, nuestra unidad religiosa; pero no se aspiraba sino á destronar á la Iglesia católica, introduciéndose el indiferentismo oficial, para aumentar el número de los pueblos disidentes, con el fin de acelerar la apostasía de las naciones y preparar los caminos del Anticristo.

Las violentas irrupciones en grandes masas de hombres de distintos países, sin el lazo único del catolicismo, pues las sectas todas propenden siempre á la división, nunca podrán formar un pueblo de hermanos, sino una aglomeración de gente fría y egoísta, reunida por interés, y sin despedazarse mutuamente, tan solo por la vigilancia de la policía, por el temor del castigo ó acaso también por las conveniencias inconstantes de un frío cálculo especulativo; pero sin tomar parte el corazón ni mucho menos la conciencia. Lá de un pueblo católico le grita enérgicamente que, posponga cualquiera clase de intereses á perder su unidad religiosa, y que con mayor razón lo sacrifique todo, antes que ver á su Santa Madre la Iglesia, única esposa de Jesucristo, confundida en sus derechos y prerogativas con las rebeldes y prontas á coligarse contra ella para perseguirla y esclavizarla.

Según los descubrimientos modernos, vistos á la luz de las estrellas del Norte, y no á lá del humilde pesebre de Belem, los pueblos *adquieren la paz duradera, la grandeza sólida, el aumento del número de los católicos y hasta el amor y bendiciones del cielo, cuando como pueblos, no tienen por maestra á la Santa Iglesia; cuando no adoran en masa á Jesucristos; y cuando, como naciones, estrechan á otras á recibir el programa del anticristianismo, difundido por la masonería. «La república universal no católica.»*

Pero nosotros habiendo bebido las enseñanzas de nuestros padres, adictos por corazón y entendimiento á las doctrinas purísimas del Evangelio, sin quebrarnos la cabeza con sutiles combinaciones para hermanar el error con la verdad y lo justo con lo injusto; no nos deslumbramos, ni envidiamos tampoco en individuos, ni en naciones, esa paz, esa grandeza, ni ese constante encomio que reciben, por haber logrado conquistar la negación de los derechos soberanos de Jesucristo y de su Iglesia, derechos tan obligatorios para los individuos como para los pueblos.

Pero una vez asegurada esa conquista, ella misma servirá de parapeto y se exigirá la persecución de los católicos; y después la adoración del Anticristo, invocándose siempre el mismo pretexto, el aliciente mismo: esa paz y prosperidad terrena. Si con la libertad de cultos ganara algo el catolicismo, no la proclamaría la impiedad con tanta decisión; sino por el contrario, la combatiría.

Las naciones verdaderamente católicas piensan y obran como España expulsando á los moros, prescindiendo de las ventajas de población, comercio, industria y riqueza pública, para evitar el contagio antireligioso é inmoral en el pueblo fiel; y en verdad que si no hubiera expulsado á los moros, ántes y en mayor escala hubiera descendido ese noble pueblo español de la grandeza á que le elevó la fé de sus padres, con el contacto pernicioso de los discípulos del Corán, quienes con su literatura fantástica y sensual, con su filosofía fatalista, con su derecho de absorción y de invasiones para descatolizar, pues su política religiosa civil era el proselitismo; y sobre todo con sus serrallos, su paraíso y sus hurries, se encuentran reducidos hoy á la abyección y en estado casi de barbarie. ¡Cuántos de los hijos de los mahometanos ignoran, en el día, la opresión ejercida por sus padres en España!

Lección severa para los pueblos hinchados por la soberbia antievangélica, devorados por el lujo y sin otro anhelo sino por la grandeza material. Tales pueblos podrán presentar, por algún tiempo, cierto aspecto de moralidad y virtud; podrán detener por algún tiempo la manifestación del pésimo fruto de sus vicios, y podrán ocultar, en fin, por algún tiempo, su gangrena íntima; pero el cáncer, con todos sus horrores, tiene que aparecer y devorarlas.

Apagado el brillo deslumbrador de la Media Luna, se levanta contra el Evangelio el liberalismo coligado con el catolicismo liberal, iluminado por las Estrellas. ¿No se eclipsarán también éstas como la Media luna? Solapadamente desde la expulsión de los españoles, con pretexto de aspiraciones temporales é invocándose conveniencias políticas, se prescindió de población, comercio y riqueza pública, para disminuir el número de los católicos y sustituirlos con sectarios. Se ha proclamado la tolerancia de cultos, para conquistar la apostasía oficial; y se han prometido libertades, abriéndose para los católicos una era de tiránica persecución.